



Estanislada Sanz Las Heras casada con Casáreo Las Heras Jiménez

Raíces

JUNIO ~2014~

A MI ABUELA ESTANISLADA

Siendo aún muy pequeña
escuchaba y escuchaba
las historias que contaba
mi abuela Estanislada

Cuando se acumulan años
y la vida va colmando,
se revive, si se escribe,
por si a alguien interesa.

EN UN TIEMPO trasnochado;

sublimado por sus gentes,
agentes de su existencia;
tan plenos como la vida
que de todo trae y lleva:
afanes y sinsabores,
los azares y tareas,
juventud y madurez,
alegrías y tristezas.

EN UN LUGAR escondido,

frondoso, pero tan cerca
de un pueblo, Almarail,
que casi, casi se pegan.
Tan hermoso, con el Duero
a su altura y a su vera.

EN UNA TIERRA tan dura

como el clima que la alberga.
Poseída por algunos
que una vez que se la adueñan
no la viven ni disfrutan;
no la pisan ni la observan.

En ese tiempo lejano
y también en esa tierra
el lugar era "La Granja"
Rituerto para más señas.

Corría el primer cuarto del siglo XX ...

Rituerto "la granja" era y sigue siendo un hermoso paraje natural, rodeado por la belleza que le aporta la presencia cercana de su gran río, el Duero, al alcance de la mano, de la vista y del oído. Su pequeño río, el Rituerto, que le da nombre y frontera, salvaba su límite con un precioso puente de piedra. Nada más cruzarlo, se abre una gran explanada con algunas edificaciones: la casa de "los amos", las casas adosadas que daban hogar y cobijo a quienes trabajaban la tierra o pastoreaban rebaños de merinas. Las cuadras, graneros, corrales, gallineros, pajares... completaban el margen derecho del camino. Al otro lado, una pequeña y armoniosa iglesia ofrece su silueta, a la misma vera del Duero.

Los habitantes de este lugar hallaron en él "su labor". Eran familias de labradores que bajo el título de "colonos" cultivaban la tierra de esta heredad como renteros. En aquellos años las condiciones de vida y de trabajo eran

tan duras que los propietarios arrendaban sus tierras a los oriundos del lugar, tanto en Rituerto como en otros pueblos cercanos (Alparrache, Sauquillo...)

Ser labrador y vivir permanentemente junto a la tierra, configuraban una existencia muy esclava y una dura y difícil tarea. Cada estación, con sus fechas y sus climas, marcaría el plan de acción; las labores propias de cada tiempo y sus correspondientes aperos de labranza. Todo ello inmerso en una actitud común: la constante mirada del labrador, alternando cielo y suelo mientras rumiaba y planeaba los ajustes necesarios para armonizar sus sueños con la realidad; siempre en una labor diferente y creativa.

El otoño constituía el comienzo y germen de la nueva cosecha, albergando la ilusión de empezar, de sembrar, de estrenar proyecto en una "nueva tierra" porque las tierras, como los días de una vida, nunca son lo mismo. Se araban los campos

para barbecho o sementera con aquellos arados de reja, tirados por las yuntas de mulas o bueyes, hundiéndose en la tierra bajo la fuerza de los brazos del labrador que anclaba sus pies, con "albarcas", en cada paso, surco a surco en todas y cada una de sus piezas. Y así, mientras los árboles doraban sus hojas al sol, y brotaban setas de cardo y niscalos en los campos como regalo otoñal, se esparcían las simientes que conocían estas tierras: trigo, avena centeno o cebada en sus dos variantes temprana o tardía (una de ellas "la picosa").

Día a día, el sol descendía en su trayectoria y se iba instalando el invierno; ese largo periodo en el que el letargo se adueña de todo a base de frío y escasez de sol. Tiempo de repliegue y espera en el que sólo las ovejas merinas alentaban la vida pariendo preciosos corderillos en las taínas de los corrales, mientras las fuertes heladas fabricaban carambanos a la caída de los tejados.

Alrededor de la Navidad, la tarea reina, "la fiesta" del invierno, era "la matanza". Con la terriza llena de sopas para embeber la sangre que brotase de la matadura del cerdo y el gamellón preparados la noche anterior, se acometía la matanza trasladando al cerdo, muy de mañana, desde la corte con la cabeza cubierta por un cesto, entre ruidosas quejas del animal. El agua hirviendo en la caldera (donde al atardecer se cocerían las morillas) dejaba su piel limpia como la patena. A continuación, el proceso se ponía en marcha: lavar las tripas, preparar el mondongo con piñones y pasas para las morillas, deshacer el cerdo, picar, embutir, salar, enajar... que culminaría en barales repletos de ricas "telarañas": chorizos, salchichones, lomos, morcillas, jamones, huesos... ¡la cosecha del cerdo!

y... mientras todas estas viandas se "curaban", iba apareciendo esa luz especial que anuncia el fin del invierno.

El sonido de los pájaros, la vuelta de las golondrinas, los brotes en las plantas, las florecillas sorprendiendo al frío y despertando el letargo de la naturaleza. Entre tanto, el labrador aguzaría su mirada sobre los campos en el seguimiento afanoso y constante de su cosecha.

Con la primera luna llena de primavera (Semana Santa) se instalaba esta esplendorosa estación mientras brotaban bonetes en las choperas del río. La primavera con su explosión en las plantas exigía eliminar las malas hierbas y las mujeres, con la horquilla y la escardilla, recorrían los sembrados, liberando de cardos las matas del cereal.

El cielo siempre protagonista por la lluvia o por su falta y con ese sol hiriente que podría asurar la cosecha impidiendo el lento granar de las espigas que colmara el grosor de sus granos. Se acercaba el calor y se aligeraba el abrigo de las ovejas con el esquilo "la fiesta de primavera" y la lana, hilada con el huso serviría para tejer tapabocas, manteos, calcetines ... que abrigaran el invierno.

Y ... cuando ya la cosecha se toca.

ba con las manos, llegaba el verano, la estación colmada de esfuerzo y duro trabajo que, como tributo, exigía la recogida del fruto de la tierra, tan largamente esperado: la recolección. Y... siempre mirando al cielo; en este momento temiendo que una mala tormenta trajera consigo una pedregada y esparciera el grano por la tierra antes de llegar a la cámara. ¡La cosecha apedreada!

Entre S. Juan y S. Pedro se ajustaban los peones y con la siega comenzaba esa urgente y fatigosa labor comprometida en arrebatarse el cereal a la tierra. Las cuadrillas de segadores, pertrechados con la hoz, la zoqueta y un buen sombrero, doblaban el esqueleto y dedicaban las jornadas a mudar los sembrados en rastrojos mientras las mujeres abrían de par en par sus ollas y prodigaban la matanza reservada para la ocasión. Más tarde, la máquina segadora aliviaría esta siega y tirada por yuntas, cortaría la mies sin recogerla, seguida de "la gavillera" que agrupa la mies en haces y por fin "la atadora"

que rematando la faena los ataba con cuerda de sisal.

Recoger fajos en los rastrojos era una tarea para toda la familia. Las mujeres acudían con un pañuelo a la cabeza, aviserado con un cartón cosido, medias para evitar arañazos y manguitos en los brazos para librarse del sol. Los fajos se agrupaban en fascales con las espigas protegidas hacia dentro.

Tras la siega el acarreo, con la gamera y la horca al despuntar la alborada para soltar la parva en la era y comenzar a trillarla. Con una yunta o con dos, vuelta a vuelta con el trillo y vuelta a vuelta con la parva, primero con una horca y ya, al final, con la pala. La rastra, bien conducida, con la ayuda de rastrillos, recogería la parva, barriendo luego el solar, si de grano se cambiara.

Tocaba ya separar el trigo de la paja y de las granzas. Con el viento de abalea se aventaba y se acribaba. Ya el grano hacía montón y a las talegas se echaba y por fin con pies descalzos se subía hasta la cámara ¡la cosecha cosechada!

y... mientras las ovejas apuraban los rastrojos tras el paso de las espigadoras, corría Septiembre y aparecían en el campo unas florecillas (las quitameriendas) anunciando el acortar de las tardes y el declinar del verano. Y así, con la tranquilidad de la cosecha recogida, mientras los árboles doraban sus hojas y brotaban las setas y los niscalos como regalo otoñal, comenzaría un nuevo proyecto de sementera.

En este tiempo y en este contexto de vida, habitaba Rituerto, "la granja", una familia colmada por nueve hijos que entonces suponían mucha ayuda para tanto quehacer. Con el paso de los años, cosecha tras cosecha, "la granja" vio crecer a estos nueve hijos, envejecer y morir a sus padres, Gregorio y Filomena, alcanzando el día en que la heredad se puso en venta. Los renteros no se decidieron a comprarla. Había poco dinero y confiaban en que todo seguiría igual. No fue así y hubieron de abandonar las tierras que habían labrado du-

rante años y buscar otra labor y otro hogar.

Tres de aquellos hijos: Florencio, Saturnino y Estanislada se afincaron en Almarazil pero la granja formaría siempre parte de sus vidas y de sus recuerdos.

Máximo, mi padre, pudo seguir cazando allí con el permiso del señor que compró la heredad (el padre de D^{ña} Asunción) y cuidaría de la instalación eléctrica de Rituerto por encargo de "La Arzona".

La explanada de Rituerto albergaría aviones y soldados italianos durante la contienda civil española (1936-1939).

Gregorio Sanz y Filomena las Heras descansar en Rituerto, pero aquella granja, aquel tiempo y aquella familia alcanzan nuestros días, nuestro pueblo y algunas de nuestras casas y familias. Porque las raíces las portamos con nosotros y los orígenes pueden ayudarnos a conocernos mejor. De allí venimos y por el valor de quienes nos precedieron hemos llegado hasta aquí.

GREGORIO SANZ ∞ FILOMENA LAS HERAS



RESIDENCIA	HIJOS ∞ CONYUGES	NIETOS
RÍBARROYA	MARÍA ∞ MÁXIMO	RAÍMUNDO / ROMÁN ① MARÍA / SEGUNDO ②
SAUQUILLO	JOSÉ ∞ ROSA	LUCÍA / ANASTASIO JOSE / ANASTASIA GUMERSINDO
SAUQUILLO	MANUEL ∞ ?	PEDRO / GENARA EUSTAQUIA / ISABEL
NOLAY	ANTONIO ∞ MARÍA	?
NOMPAREDES	FELIPE ∞ BÁRBARA	PROHIZARON A ROMÁN (HIJO DE MARÍA)
NEPAS	SINFOROSA, EUSEBIO ∞ ? ? ? CIRIACO	ANTONIA / FRANCISCA (KIKI) ④ GABRIEL / MIGUEL
ALMARAÏL	FLORENCIO, ? ∞ ? JACINTA	JOSEFA / EUGENIA ③ FELIX / CRESCENCIA (CRECEN)
ALMARAÏL	SATURNINO ∞ ROSALÍA	LUCIANO / FRANCISCO (PACO) ④ GOYA / GERMÁN DOROTEA
ALMARAÏL	ESTANISLADA, ∞ CESAREO	MÁXIMO ④

- ① Román tenía en Almazán una tienda "EL SIGLO XX" y vendía por los pueblos sus artículos.
- ② Una hija de Segundo: M^{ra} José veraneó en Almarail con su marido Emilio y su hijo Aurich.
- ③ Eugenia y Paco, su marido vivían en Valdespina y nos repartían cada día el correo.
- ④ Paco, Kika y Máximo emigraron a Valladolid en 1946.

En la actualidad (2014) viven tres de sus nietas: Kika, Crecen y Goya y la familia de Gregorio y Filomena alcanza en Almarail hasta la sexta generación.

Y la vida continúa...



Luciano Sanz Pérez, hijo
de Saturnino y Rosalía,
casado con Mónica y padres
de Mari.



① Roman, hijo de María
y Máximo, refugiado por
Felipe y Bárbara.

② Gumerindo Dominguez,
hijo de Venancio y Victoria
también habitantes de
Rituerto.



Segundo, hijo de María
y Máximo y padre de M^{rs}
José.